

# EL CHOQUE IDEAL



José María Herrera  
(textos)



James Boyd  
(fotografías)

Ronda, 2024



La Ronda extendida, la Ronda aumentada, la Ronda distinta, la que no se capta a simple vista, la que no figura en libros ni en guías del ocio. La Ronda de Martín Amis, de Zidrou, de Benito Gómez, de Alberto Mielgo, de Carlos Aires, de Eduardo Lago, de Raúl Mallavibarrena y bastantes más que forman parte igualmente de la sustancia de esta ciudad sin que se advierta apenas. Todas esas personas, y algunos lugares, y otros hechos, constituyen la realidad de esta ciudad de un modo discreto, mucho menos perceptible, y ejercen de enriquecedor contraste con la superficial y tan socorrida imagen que propician toros o bandoleros. A otra Ronda atiende

### **El choque ideal**

José María Herrera y James Boyd, en coordinación con Flavio Salesi, han trabajado sobre historias, lugares y personajes, a veces familiares, a veces extraños, que hacen también, o tal vez más, quién sabe, que Ronda siga extendiendo calladamente su fama alrededor del mundo.







A todos esos seres providenciales que aportaron material, aliento, paciencia, para que este proyecto pudiera salir adelante. A Alicia, Carmela, Isabel y Mariela. A Ronda. Sin ellos esto no hubiera sido lo mismo.





Come gather `round people  
Wherever you roam  
And admit that the waters  
Around you have grown  
And accept it that soon  
You'll be drenched to the bone.  
If your time to you  
Is worth savin'  
Then you better start swimmin'  
Or you'll sink like a stone  
For the times they are a-changin.

*(Vamos, reúnanse / donde quiera que estén / y admitan que las aguas / han crecido a su alrededor, / y acepten que pronto / estarán calados hasta los huesos. / Si no les merece la pena / perder el tiempo, / lo mejor es que se pongan a nadar / o se hundirán como las piedras / porque los tiempos están cambiando).*

BOB DYLAN



## A vista de pájaro

De las tres grandes vías de acceso a Ronda, la más espectacular, también la más abrupta y tortuosa, es la que viene desde Sevilla y Jerez. El viajero atraviesa la punta noroccidental de la sierra culebreando entre escarpadas montañas y frondosos maticos de árboles hasta que, en una revuelta del camino, se abre de repente ante él una grandiosa panorámica presidida por la colosal plataforma sobre la que se alza la ciudad. La vista desde dicho lugar es siempre magnífica, pero ciertos días, a la hora del crepúsculo, lo que se ofrece a los ojos roza lo fantástico, pues el sol refulge en el farallón como si en vez de una mole de piedra fuera la coraza de oro de un príncipe de cuento.

Viniendo de Algeciras o Marbella, empujados durante largo trecho por vientos que huelen a mar y verano, tras superar las cimas más altas de la Serranía, lo que sale al paso al acceder a la depresión rondeña, es la muralla en lo alto de un terraplén y, sobre ella, como en un grabado barroco, la Colegiata y su torre, las fachadas enjalbegadas de las casas adheridas a la fortaleza, los cipreses que aquí y allá elevan sus puntiagudas copas hacia el cielo y, a lo lejos, majestuosas, una sucesión de montañas azu-

les sobre las que se desploma cada tarde con el esplendor de una divinidad prehistórica la incandescente bola solar.

La única entrada anodina, aunque esto es un efecto moderno debido a la expansión de la ciudad, es la que llega de Córdoba, Granada y Málaga. Durante siglos, el camino bordeaba el río y las fértiles huertas ribereñas, ya desaparecidas, hasta alcanzar primero el puente romano, luego la hoy inexistente Puerta de la Puente, acceso al recinto amurallado, y finalmente la ciudad por la puerta de la Cijara. Cuando se construyó, en el siglo XVI, el llamado puente árabe, el paso se hizo por la calle Real, a través del arco de Felipe V. Ambas son hoy vías secundarias, reservadas a los peatones, algo que no termina de gustar a los partidarios de meter el coche por todas partes. La fisonomía urbana ha cambiado, aunque si se omite la carretera y los barrios actuales y volvemos a recorrerlos hasta alcanzar los antiguos puentes, ninguno de los cuales fue construido cuando se dice, constataremos que transitar por aquí no resulta en absoluto menos atractivo que hacerlo por los otros puntos cardinales.

Los árabes, responsables de la planta de la vieja ciudad, abrieron una puerta de acceso en la muralla para cada uno de los caminos citados: la puerta de los Molinos, la de Almocábar y la de la Puente. Esta última fue demolida a principios del siglo XX, aunque por suerte se conserva como hemos dicho la puerta de la muralla a la que conducía, la de la Cijara. Eran la entrada a la medina, o sea, lo que queda dentro de la zona cortada a tajo, el casco antiguo, al que seguimos llamando como fieles traductores “la ciudad”. Desde cualquier punto periférico de ella —el único lugar con perspectiva de trescientos sesenta grados es el tejado de la Colegiata—, la vista tropieza con los montes que rodean Ronda igual que un anfiteatro rocoso.

Hoy existe otra vía de acceso o, al menos, de contemplación y deleite: el aire, un camino ignorado por las generaciones pasadas, aunque uno de los padres de la aeronáutica, Ibn Firnas, nació aquí a principios del siglo IX. Por el aire transitan con alarmante frecuencia helicópteros, ultraligeros y globos. Estos últimos, similares a burbujas de colores, son los menos agresivos y, tal vez por eso, los únicos que la población mira con simpatía. Claro que hablar de camino quizá sea exagerado. El derrotero

del globo depende del capricho de los vientos. Estos, cuando soplan de improviso, balancean la cesta donde van los pasajeros como si fuese el cuerpo muerto de un ahorcado. No por casualidad volar a bordo de uno de ellos es una aventura.

La sensación habitual entre quienes lo hacen aquí por primera vez es, primero, de extrema vulnerabilidad –¿qué impediría al viento arrastrarnos contra las montañas?– y, después, de todo lo contrario, pues mientras se flota en el cielo es fácil sentirse un dios que todo lo ve. La altura brinda un punto de vista extrahumano, de superhéroe; la perspectiva cambia y lo que descollaba antes ahora resulta invisible o impreciso. Abarcamos mucho, muchísimo, aunque las cosas pequeñas, la mayoría desde arriba, se tornan minúsculas e insignificantes para el viajero que se esfuerza en percibir las.

A la altura de las nubes se entiende bien por qué el relieve rondeño, que alguien comparó con el espinazo de un dinosaurio, jamás es rectilíneo. Una sucesión de accidentadas montañas atirantan el terreno, que se ondula sin embargo de mil maneras bajo un cielo dado a fluctuaciones dramáticas: a veces azul, un azul optimista, de acuarela infantil; a veces blanco, el blanco plomizo de la canícula estival; o negro, negro de hematoma, como si las nubes llenas de agua hubieran tropezado en su camino con algo afilado que las hubiese herido. Sea como sea, tierra y cielo suelen conjugarse aquí a la perfección, igual que el alma y el cuerpo de un mismo ser.

Cuando nos cansamos de mirar, cosa que tarde o temprano sucede porque también mirar cansa y llega el momento en el que no se ve nada, la mente aprovecha la altura para irse por las ramas y divagar. ¿Cómo sería todo esto hace millones de años, cuando el agua cubría la zona por completo? En la ermita rupestre de la oscuridad, cementerio mozárabe de la época en que, para no confundirse de paraíso, los seguidores de Mahoma se enterraban de lado y los de Jesucristo boca arriba, pueden verse aún, entre las piedras paleozoicas de las paredes, multitud de conchas y fósiles marinos, vestigio de viejos mares encrespados. Recrearse imaginando aquellos remotos tiempos de criaturas mastodónticas y bruscos cataclismos ameniza a quien gusta sumirse en sus ensoñaciones. Juan Ramón Jiménez quizá



lo hizo cuando escribió: “Ronda alta y honda, rotunda, profunda, redonda y alta.”

Aunque el globo, empujado por estrepitosas ráfagas de helio, vuela a gran altura, su paso por la garganta que divide la ciudad va acompañado de cierta inestabilidad, como si algo tratara de succionarlo o la fuerza de la gravedad fuera aquí más potente. Algunos pasajeros, al notarla, sufren ataques de pánico. Precipitarse contra las rocas de abajo no es buen plan. Pero es poco probable. Los modernos aparatos aerostáticos están bien preparados. Ninguno de ellos caería como “un zepelín de plomo”, que es la imagen que utilizó John Entwistle, el bajista de The Who, cuando supo que cuatro viejos conocidos suyos en los que confiaba poco pensaban formar una nueva banda de rock.

La portada del primer disco de Led Zeppelin, el nombre que con ironía adoptaron aquellos cuatro músicos, recoge el instante en que el Hindenburg, dirigible alemán que cruzó varias veces el Atlántico en los años treinta, se incendia mientras toma

tierra. Recordarlo en el globo es mala idea: el pasajero puede que empiece a mirar con recelo la llama que mantiene a flote el aparato. En cambio, quienes protestan abajo por su estruendo, esa respiración de ave antediluviana que baja las mañanas de domingo hasta las adormecidas calles, deberían pensar en su función antes de desear que enmudezca cuanto antes.

Para darse ánimos, o dárselos al aparato, que no los necesita, yo aconsejo silbar *Stairway to heaven* (escalera al cielo), la mítica pieza de Led Zeppelin. No recuerdo la letra, pero me parece que alude a la necesidad de ascender, de separarse de lo más inmediato. Hay que subir, alejarse, tomar distancia; es la única forma de contemplar las cosas en conjunto y superar las pequeñas e inútiles discrepancias que tiznan la realidad cotidiana. Esto vale para todo, aunque no hay que ser puritanos: también es preciso a veces descender, bajar a los infiernos donde arden las pasiones a las que debemos la mitad de lo que somos.

Ha dejado de notarse la succión del tajo. Volvemos a ver la ciudad en toda su extensión, tan altos e inaccesibles que nada llega desde ella, como si se le hubiese retirado la vida. Nada, ninguna voz, ningún sonido, ni siquiera el de las campanas que anuncian ruidosamente el mediodía.

El globo se escora primero un poco y luego asciende sobre el sinuoso e indeciso perfil de la sierra ayudado por vientos propicios. Ha dejado de notarse la succión del tajo. Volvemos a ver la ciudad en toda su extensión, tan altos e inaccesibles que nada llega desde ella, como si se le hubiese retirado la vida. Nada, ninguna voz, ningún sonido, ni siquiera el de las campanas que anuncian ruidosamente el mediodía. La impresión desde aquí es que Ronda permanece sumida en el silencio, un silencio expectante, de sala de operaciones. En vez de una ciudad parece una maqueta rota por la mitad, herida de muerte

por la grieta que la recorre de parte a parte, aunque alguien a mi lado, acostumbrado a las perspectivas aéreas, apostilla que a lo que recuerda de verdad es a El halcón milenario, la invencible nave de *La guerra de las galaxias*.

Mientras el aparato se aleja en busca de un lugar donde aterrizar, pienso que la tarea que vamos a acometer en adelante como guías será acertar con el punto justo, ni demasiado lejos, ni demasiado cerca: ¿o es que acaso mirar no es también una forma de medir, de medirse con las cosas?

